

## ESCENARIOS SOBRE EL FIN DEL PRI

S

ería muy extraño que el PRI fuera eterno. Avanzamos hacia la fecha en la cual terminará.

Sin embargo, no estamos preparados para la transición. Nuestro futuro inevitable parece un tema prohibido, una *terra incognita* en la cual no queremos desembarcar ni siquiera mentalmente. Nos refugiamos en supuestos extremos: o todo va a seguir igual o todo va a cambiar violentamente. Bajo esos supuestos, no tiene caso explorar escenarios más realistas: de madurez política de México; un proceso que está en marcha, de maneras aún poco visibles, sobre todo si no queremos verlas. Vamos hacia el fin del PRI con los ojos cerrados, como temiendo que después del PRI, el diluvio.

### 1. Escenarios conocidos

Hay cuatro escenarios conocidos sobre el fin del PRI, ninguno de los cuales parece convincente:

1. El sistema es tan original, que será el primero del planeta cuya historia no tendrá fin. Sobre la marcha, una y otra vez, se irá componiendo lo que se descomponga. En todo caso, hay PRI para rato. Es ocioso pensar en lo que no sucederá, o queremos que suceda, no queremos ni pensar que suceda...

Aunque este escenario es muy común, pensar (o mejor dicho: no querer ni pensar) de esta manera es ilusorio y no sirve más que para llegar desprevenidos.

2. Habrá un golpe de estado. Este escenario y el que sigue tienen, para empezar, algo poco realista: se esgrimen como el coco, para asustar a la concurrencia. De continuar esto o aquello, lo que sigue es el golpe. De no hacerse esto o aquello, habrá una revolución. Hay que aceptar esto o aquello porque la alternativa es el fascismo. Etc.

El error fundamental de este escenario es que en México nadie puede dar un golpe de estado con más facilidad que el presidente de la república, y que seguramente lo hará, si llega a necesitarlo, adelantándose a cualquiera. Las ineptitudes presidenciales que provocaron la rebelión estudiantil de 1968 no terminaron en que un general pusiera orden. Fue el presidente quien lo hizo. Los presidentes se comportan según el dicho militar que el que manda, manda; y, si se equivoca, vuelve a mandar. El poder presidencial es tan extremo y tan exento de rendirle cuentas a nadie, que puede cometer errores mayúsculos sin que nadie lo detenga: tan desastrosos, que sólo otro presidente, con más poder toda-

va, puede remediarlos; o, si no hay tiempo, él mismo: arrojándose poderes extraordinarios, que no tiene que pedirle a nadie, ni justificar después.

El segundo error consiste en que un golpe de estado no acabaría con el PRI. Si hay algo esencial del PRI es la sístole/diástole del atropello y la concesión: de la autoridad que primero se arroja todos los poderes y luego se porta bien. Lo esencial es que se reconozca la impotencia: que contra el poder no se puede; que el único poder está arriba; que nadie vale ni puede por sí mismo, sino por la generosa concesión de arriba. No hay razón alguna para suponer que después de un golpe de estado no empezarán las concesiones: continuaría el PRI.

3. Habrá una revolución. La miseria de millones de mexicanos, oprimidos hasta más no poder por una minoría insaciable, hará finalmente que estallen. Esta fantasía universitaria reaparece constantemente, impermeable a la realidad. Parece natural: ¿quiénes están en la situación perfecta para levantarse, dispuestos a todo? Los que nada tienen que perder. Pero la impotencia, el hambre, la prisión, la tortura, la violencia, la humillación, no levantan los ánimos: aplastan. Los que carecen absolutamente de recursos tampoco los tienen para liberarse, menos aún para tomar el poder. Los hornos crematorios, los gulagues, las hambrunas, no han sido almázcigos revolucionarios mejores que las cortes, las universidades, los ejércitos. Con más realismo, Aristóteles opinaba que se levantan los que ya tienen algo y quieren más.

Peor aún, contra los mexicanos que viven en la extrema miseria: ni siquiera son la mayoría. La mayoría tiene algo y quiere más, tiene capacidad de levantarse. No se levanta porque está en el juego del PRI: la abdicación a cambio de concesiones. Precisamente por eso, los que están en la extrema miseria no reciben nada: no tienen fuerza alguna de la cual abdicar. Por eso emigran a las ciudades, donde adquieren presencia y capacidad de pataleo, que tarde o temprano les producen concesiones.

En México, no hay nadie con alguna capacidad de pataleo que no sea cuando menos escuchado, para tomarle la medida, para ver qué quiere, qué tanto ruido puede armar, cuánto hay que concederle. Y habría que estar loco para no entrar al juego, más aún si las exigencias y concesiones son legítimas. La alternativa es la misma que en el porfiriato, "pan o palo": o ganar algo por las buenas o no ganar nada y recibir una paliza por las malas.

La esencia del sistema está en la buena voluntad negociada al margen del derecho y la violencia. Optar por el derecho, al margen de la buena voluntad, suele ser un pésimo

negocio: perder el tiempo y no llegar a nada, cuando no enfrentarse a la violencia de las autoridades, ante las cuales no hay derecho que valga. Oportar por la violencia es suicidarse. Lo único racional es renunciar al derecho y la violencia, tratar de sacar algo negociando la buena voluntad.

Para muchas conciencias premodernas, esto es humano y natural: más humano y natural que matarse o enredarse en trámites y legalismos. Para las conciencias modernas, se trata de una corrupción, que obliga a ensuciarse (y a llevar la suciedad a donde suele llevarse: el inconsciente, la hipocresía, la persecución de los otros, el cinismo).

El supremo maquiavelismo del sistema consiste en ceder una y mil veces, ceder aquí y allá, ceder ante unos y ante otros; no antes de tiempo, no más de lo necesario, no fácilmente, no gratis, arrebatando muchas veces lo que ya había concedido; nunca ante la violencia, ni siquiera ante el derecho, pero siempre ante la buena voluntad negociada: siempre alimentando la esperanza de que algo se puede conseguir por las buenas, de que el supremo dador siempre está abierto a escuchar peticiones razonables, respetuosas, de preferencia acompañadas por un gesto de buena voluntad. Pensar en una revolución contra este maquiavelismo es una fantasía.

4. Surgirá un *aystola* contra la corrupción. Este escenario, de Armando Ayala Anguiano, tiene el mérito de ser distinto. La difusión que ha tenido (cientos de miles de ejemplares de *Cómo podría perder el PRI*) implica alguna verosimilitud, aunque en esto puede mezclarse el deseo de que se acabe el PRI y se castigue la corrupción.

Huelga decir que México no está a salvo del fanatismo y que en la sociedad mexicana hay un deseo reprimido de pureza. Que tal deseo aflore explosivamente, no es inconcebible. Hay algo de esto en el sectarismo y en la perpetua destrucción de ídolos, líderes y figuras nacionales: quisieramos que estuvieran más allá de la realidad, "a la altura del arte" y de la patria "impecable y diamantina". Esta pureza no vivida, deseada, resulta contraproducente. Carece de realismo, y hace exigencias inhumanas, irrealizables, que conducen al derrotismo o acaban reconciliadas con la corrupción como algo humano, más humano que el derecho y la violencia.

Una limpia que viniera de arriba sería bien recibida; hasta con una desagradable simpatía por la mano dura. Pero un movimiento en sentido contrario, un repudio popular a la corrupción de arriba, que tomara las armas siguiendo a un *aystola* puritano, parece improbable.

## 2. Escenario de error o accidente

Si Porfirio Díaz hubiera cumplido su promesa de no reelegirse, replegándose al *maximato*; o si hubiera seguido en la presidencia, pero dejando libre la elección vicepresidencial (como sugirió Madero); o si hubiera impuesto como vicepresidente al general Bernardo Reyes, Madero no se hubiera levantado. Imponer la reelección del vicepresidente Corral para 1910-1916, además de la suya, le costó el poder y la destrucción del sistema que parecía infalible.

Lo más notable de este error es que don Porfirio era un experto en concesiones maquiavélicas: creó el sistema, la política de "pan o palo" y (en 1904) la vicepresidencia, precisamente como una concesión para su sexta reelección: para asegurar que, en caso de morir antes de cumplir ochenta

años en 1910, todo seguiría andando. Subestimó el arrastre popular de un empresario norteño, relacionado con los Estados Unidos (donde había estudiado) y hasta con organismos misteriosos (espiritistas, no la CIA). Subestimó el impacto en México de la opinión pública extranjera, ante la cual declaró que no se reelegiría. Estaba seguro de que nadie iba a tomar en serio unas declaraciones oficiales de renovación de Panchito que, para hacer todo menos respetable, nos dejó una revolución que empezó en Texas!

En esto de las concesiones maquiavélicas siempre hay dos opiniones. Los que dicen: si cedes te van a pedir más, se van a crecer y aumentará el problema; si no cedes, van a enojarse, luego a desanimarse y después a pedir menos, si no es que ahí termina todo. Y la opinión contraria: si cedes se van a aplacar; si no, el problema va a crecer. No es nada fácil (en términos puramente maquiavélicos) definir de antemano (y, ni a veces, *a posteriori*) quién tenía razón.

Nada garantiza que un sistema, por maquiavélico que sea, evite el error fatal. Además, los errores no fatales, en vez de corregirse, pueden acumularse hasta volverse fatales. El envejecimiento, la pérdida de capacidad autocorrectiva, la pérdida de fe en el sistema, la presión de los cambios del entorno, los accidentes fatales, pueden ser irreparables.

Un terremoto que acabara con la ciudad de México podría acabar con el PRI. También hay desmesuras presidenciales que podrían tener el mismo efecto. Si el presidente Echeverría se hubiera lanzado a la reelección en 1976, el país se hubiera levantado en armas. Si en 1982, para hacer más histriónica su pataleta del primero de septiembre, el presidente López Portillo hubiera declarado la guerra a los Estados Unidos, quién sabe qué hubiera pasado.

Hay otros escenarios posibles de una autodestrucción del sistema provocada desde arriba, por el absolutismo presidencial. Aunque la designación del sucesor es cada vez más clínica, no ha llegado al punto de que el propio presidente vaya a la asamblea del PRI o llame a la prensa para anunciarlo. Se vale de una persona digna de su confianza. Se podría escribir una novela en torno al escaso tiempo durante el cual esa persona sabe de antemano cuál será la voluntad popular y, por lo mismo, se siente Voz de Dios. Un sentimiento que puede conducir a la locura. Por ejemplo: actuar como Dios, al tomar el micrófono, cambiando en ese instante al designado, por otro que a él le parezca mejor. Como la cargada es universal e instantánea, el presidente no tendría más que dos alternativas: o callar para siempre o dar una contraorden que introdujera el caos, con efectos imprevisibles.

Otra traición que pudiera terminar en caos, sería el asesinato del presidente. Esta ruptura del sistema sería el pretexto perfecto para salirse de la cola y replantearlo todo. A juzgar por el antecedente de 1913, lo más probable es que hubiera levantamientos en provincia, abanderados con la constitución. En el caso de un asesinato simple (sin propósito de tomar el poder), o de una muerte simple, no es imposible que la cola siguiera formada, en orden y a la expectativa, si los principales interesados de la cúspide negocian con rapidez y eficacia la sucesión.

Lo fatal de estos posibles errores o accidentes es que desorganizan la cola del progreso, integrada por cuatro millones de empleados del sector público, más sus clientelas beneficiarias, contratistas y proveedoras: la mayor parte de la población que tiene algo y quiere más. En México, la democracia es peticionaria: todos tenemos el derecho de

hacer cola para pedir, todos tarde o temprano somos recibidos y todos recibimos algo (cuando menos el consuelo de habernos desahogado). Pero lo decisivo es que la cola se mueve: que hay esperanza. Eso le da cohesión y forma a la cola, organiza el sistema.

Y la cola multitudinaria avanza, trepando mansamente las pirámides, porque no hay un tapón en la cúspide, como en el porfiriato. El sistema es premoderno porque está basado en la concesión, no en el derecho; porque es patrimonialista: las funciones públicas son propiedad de los funcionarios, no del público. Pero es moderno porque esa propiedad es transitoria (inherente al puesto y no a la persona o el linaje), porque el sistema es impersonal, porque se llega haciendo cola. Hay una especie de concurso siempre abierto para todos los que quieran entrar al sistema, lo cual es moderno; pero el concurso no es finalmente meritocrático (aunque cuentan los méritos) sino cortesano, premoderno, basado en la concesión: el que cree que tiene fuerza propia, que vale por sí mismo y por lo que es capaz de hacer, que tiene algún derecho frente al dador, está perdido. Hay que estar dispuestos a que el dador dé lo que sea su voluntad.

Pero habiendo buena voluntad de ambas partes, al margen del derecho y la violencia, todo es posible: la cola avanza y el sistema reparte premios gordos, medianos, pequeños, reintegros o nada, en una lotería que anima a soñar con ambiciones ilimitadas. Ni siquiera es necesario sacarse la lotería personalmente: puede ser un pariente, amigo, compañero de escuela, conocido. Todos conocemos a alguien, que conoce a alguien, que es pariente o compañero de alguien, que parece que va a llegar muy lejos, con grandes beneficios para el país.

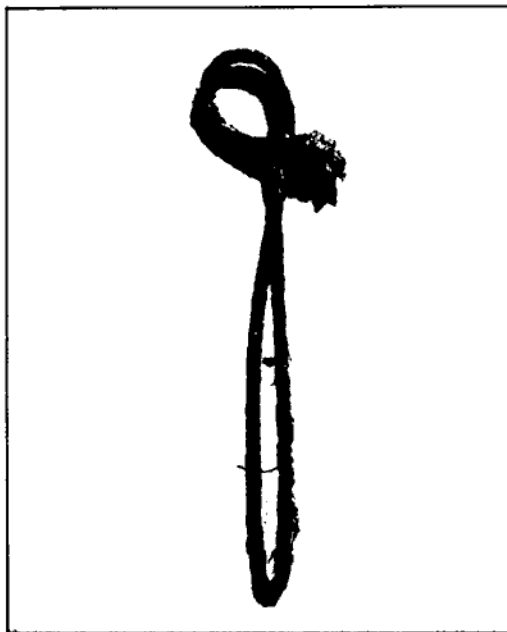
Si un presidente decidiera no dejar la vacante, o por un error fatal desorganizara la cola; si un traidor decidiera no hacer cola y llegara por la violencia; si un terremoto destruyera físicamente la cola; es cola pacífica, esperanzada, ambiciosa, peticionaria, se desharía, y con ella el PRI.

Igual efecto tendría subestimar las consecuencias de una arbitrariedad fatal en un caso límite, como la imposición de Corral. Pero, en defensa de Díaz (y del presidente al que le toque repetir la autodestrucción del sistema, sin darse cuenta), hay que reconocer que no es tan fácil saber dónde está el límite. Estamos aburridos de escuchar desde hace décadas que el sistema va a tronar, sin que pase nada. Quizá por eso, desde 1968, los presidentes han llegado a límites que antes parecían inconcebibles, como si se hubieran convencido de que el sistema es invulnerable, pateable, irrompible.

Cuando aparecieron los discos irrompibles, don Fulgencio (personaje de una tira argentina) no acababa de creerlo. Dejó caer uno al piso: no se rompió. Se subió a una silla y lo dejó caer desde ahí. Tampoco se rompió. Se subió a una mesa, con el mismo resultado. Por último, subió la silla a la mesa, se subió a la silla, alzó los brazos y lo dejó caer desde esa altura. Se rompió.

Lo cual recuerda la llamada Ley de Murphy, un aforismo de ingeniería de sistemas: Todo lo que puede fallar, fallará. No hay sistema a prueba de errores fatales. Menos aún los sistemas mayúsculos, complejos, interconectados y así, paradójicamente, vulnerables a errores muy pequeños, que pueden tener efectos desproporcionados, como en los grandes apagones de inmensas redes eléctricas.

Todavía hace unos quince años, los ingenieros de sistemas creían en los MIS (*management integrated systems*),



hasta que la práctica demostró que no eran más viables, seguros, efectivos, ni económicos que los sistemas desconectados operando en forma independiente. Curiosamente, en estos últimos quince años, el sistema político mexicano se ha vuelto más aparatoso, complejo, interconectado, mayúsculo, ineficaz y por lo mismo vulnerable a circunstancias fuera de su control, que pueden tener efectos incalculables.

El porfiriato tronó precisamente el año en que festejaba su longevidad. Parece una ironía de la historia, un acto de justicia poética, una advertencia este año en que se festeja la longevidad de la revolución. Pero, en términos de ingeniería de sistemas, la coincidencia resulta prosaica. Es más probable que un sistema truene cuando parece invulnerable y, por lo mismo, a nadie se le ocurre pensar que pueda suceder lo inconcebible. Cuando es tan viejo que ya no corresponde a las nuevas circunstancias. Cuando se ha vuelto un mastodonte lleno de parches, apoyos ortopédicos, interconexiones, *bypasses*, marcapasos, duplicaciones. Cuando no ha tronado en mucho tiempo. Cuando está sobrecargado y se le exige más, como si no tuviera límites. Cuando lo tratan a patadas.

### 3. De cómo puede terminar el PRI sin perder las elecciones

Todos los escenarios anteriores son más o menos escatológicos: hablan de la eternidad o de un fin de los tiempos que vendrá como una catástrofe inesperada. Hacen falta escenarios de fin por maduración, que también son posibles y quizá más probables, a través de esos cambios graduales, invisibles, acumulativos, que acaban con un imperio, una tradición o simplemente un negocio.

El primer problema de un escenario de éstos sería definir el descenso, que no puede ser nítido. Si no hay cambio brusco,

¿en qué consistiría el fin del PRI? Hablar de un simple cambio de nombre, como se ha hablado, no cambiaría lo esencial, aunque "desapareciera" el PRI. Y, en el extremo opuesto, es concebible que siguiera existiendo el Partido Revolucionario Institucional y ya no fuera el PRI.

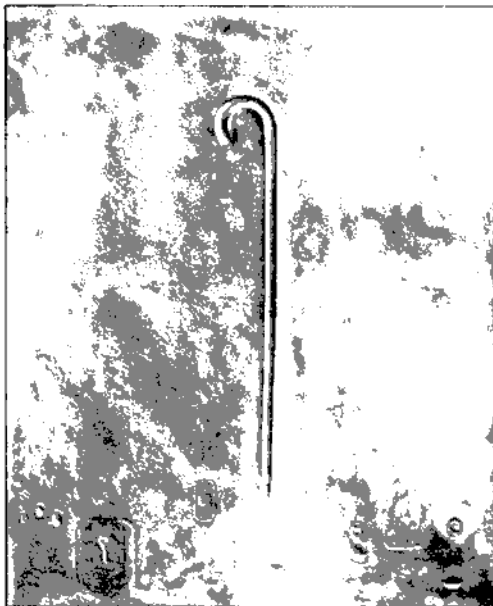
Repetidamente se ha soñado que, si el supremo dador acertara infaliblemente al designar a los candidatos del PRI, éste podría seguir eternamente, en medio del contento general. Pero se trata de un sueño. El supremo dador es falible hasta para elegir a sus más cercanos colaboradores. Porfirio Díaz se equivocó al reelegir a Corral. El Díaz siguiente también se equivocó al designar sucesor, y estuvo a punto de acabar con el sistema, dando una contraorden, poco después de elegir a Echeverría. Los presidentes se equivocan una y otra vez al designar secretarios, subsecretarios, directores, gobernadores, alcaldes, senadores, diputados, jueces, miles de cuadros. No hay bola de cristal, sistema organizacional, ni banco de datos computacional que sirva para acertar infaliblemente.

También se ha soñado con democratizar la selección. En rigor, si la designación es feliz, cómo se produzca es lo de menos: por sorteo, por inspiración divina o hasta democráticamente. Ni el presidente ni el sistema perderían nada (por el contrario, se fortalecerían) si todos los alcaldes del país fueran del gusto de sus respectivas poblaciones. Que tal o cual alcalde le guste o no le guste al presidente, es algo que al presidente mismo le tiene sin cuidado. ¿Por qué, entonces, una y otra vez se imponen alcaldes que provocan el disgusto de la población y hasta la violencia? ¿Por qué es imposible democratizar al PRI?

El problema de fondo está en la organización de la cola: en cómo se reparte el queso. Ya no estamos en los tiempos en que un caudillo podía regatear su fuerza armada: sumarse o enfrentarse; los tiempos en que el poder político dependía de la cantidad de hombres armados que se tuvieran atrás. Pero no hemos llegado a los tiempos en que el poder político dependa de la cantidad de votos que se tengan atrás; de que se negocie a partir de una fuerza electoral propia, que se pueda entregar o enfrentar al PRI.

El sistema actual consiste en no tener fuerza propia. La fuerza actual consiste en ser bien visto arriba, donde están las llaves del presupuesto. En México no se consigue presupuesto en función de los votos que se consigan (como sucede en los países donde los votantes, a través de las cámaras, controlan el presupuesto): se consiguen votos en función del presupuesto que se consiga. Hasta en los medios académicos y culturales, un gran líder es aquel que consigue presupuesto para una multitud de seguidores, que lo siguen, naturalmente, en función de que consiga presupuesto. Un gran gobernador es aquel que es capaz de sacarle a la federación muchas obras para su estado. Hay una especie de clientelismo en cascada desde los manantiales dadores del sistema. Y una inversión de clientelas: los políticos y funcionarios no le deben su posición a los electores de abajo sino al gran elector de arriba. La multitud peticionaria no tiene derecho a nada; tampoco los cuadros que supuestamente la representan o encabezan. No se ganan votos abajo para ir a hablar fuerte arriba: se ganan votos arriba para hablar fuerte abajo, teniendo qué repartir.

Vamos a suponer que en una asamblea local del PRI todos tuvieran que pronunciarse públicamente en favor o en contra de los posibles candidatos. Eso sería la destrucción de la cargada (la adhesión unánime al ganador). Los que se



equivocaron al votar, desearían no haberlo hecho, porque la independencia de criterio es costosa. Por otra parte, el ganador se sentiría con derechos frente al poder central, al haber ganado por sí mismo, no por designación presidencial. En parte, se portaría como si fuera de oposición: como no debiéndole nada al sistema. A su vez, los perdedores quedarían en una situación parecida: casi como si fueran de oposición, excluidos del queso, tentados de probar suerte en otro partido, si no previeran un cambio de situación. Lo mismo sucedería si, como algunos han propuesto, el PRI se partiera en dos. La cola peticionaria quedaría dividida. El avance resultaría incierto. ¿Habría que irse con melón o con sandía? El presupuesto se ganaría con votos, no los votos con presupuesto. Ninguno de los partidos resultantes sería el PRI. Tampoco los dos en conjunto.

Por esto, es esencial que el proceso no sea público; que los que estaban en contra lo guarden en el fondo de su corazón, en vez de alzar la mano; que el ganador no esté seguro de su fuerza ni la pueda exhibir públicamente; que dependa del voto de arriba, no del de abajo; que todo sea secreto y, al hacerse público, gane la adhesión unánime.

A partir de 1929 ha habido una destrucción sistemática de fuerzas propias locales, herencia del porfirismo. Como entonces la cúspide no era renovable, no podía haber un reparto del queso por turnos, a lo largo del tiempo, diacrónicamente; había un reparto sincrónico, geográfico, a lo ancho del espacio, que organizaba así el mercado de la buena voluntad: apoyándose en hombres fuertes locales. Algo de esto quedó en algunas localidades hasta hace tiempo: hombres que tenían cierta fuerza propia conciliando voluntades locales y centrales. Pero es obvio que sí, al llegar el enviado presidencial, encontraba un consenso excesivo para su gusto, ¿a qué estaba jugando él? ¿no estaban imponiéndose los caciques locales sobre la voluntad presidencial? Ahora hay solamente caciques federales. (Con pérdida notable de esta-



bilidad del sistema. La influencia de los caciques locales estaba limitada en el espacio, no en el tiempo. Con el reparto diacrónico del queso, los caciques federales cambian constantemente. Nunca se sabe con quién se va a tratar, ni cuánto va a durar.)

El fin del PRI, según todo esto, no consistiría en que cambiara de nombre o perdiera las elecciones. Consistiría en que el PRI estuviera dominado por los grandes ganadores de votos y no por el supremo dador del presupuesto. Consistiría en pasar de los caudillos armados, caciques locales y caciques federales, a los caudillos electorales: a los políticos capaces de ganar el poder por su propia fuerza electoral, sin dedazo presidencial, ni presupuesto federal, ni alquimia electoral. Sería un PRI desconocido. No sería el PRI.

#### 4. La oposición como oportunidad

No parece fácil llegar a ese PRI por voluntad del PRI. Ni siquiera por voluntad presidencial. Supongamos que el presidente renunciara a elegir a los candidatos. La imposición no desaparecería: bajaría de nivel. Lo cual no acabaría con el sistema: lo complicaría. La cola se volvería confusa: no estaría claro por dónde seguir, con quién quedar bien. Los funcionarios y políticos dedicarían más tiempo que ahora a plantar su gente y apoderarse de feudos. En caso extremo, dos o más no cederían y se enfrentarían sin árbitro; lo cual afectaría al presidente en muchas cosas, no sólo el nombramiento en disputa. Si, para evitarlo, hubiera un árbitro: digamos, el secretario de gobernación, acabaría de hecho compartiendo la presidencia. Ya no digamos si fuera el presidente del PRI, que tiene más oportunidades legales de volverse independiente, y (si los nombramientos dependieran de él) hasta pudiera independizarse económicamente,

vendiendo las plazas, como una especie de sindicato político.

Supongamos que, para evitar todo esto, el presidente retuviera la selección de candidatos, pero la sometiera a la decisión final del voto de abajo, prohibiendo que el presupuesto federal y la alquimia electoral hicieran bueno su voto de arriba. Eso sí cambiaría todo, pero no es viable como solución general. El poder del presidente dentro del sistema no puede escapar a la lógica del sistema, excepto en arbitrariedades aisladas. En uno o varios casos, podría hacer que sus órdenes fueran cumplidas. Pero lograr sistemáticamente que el presupuesto, los recursos y los trucos federales nunca apoyaran a los candidatos del PRI, llegaría tan lejos como la renovación moral. No muy lejos.

Acabar con el sistema sistemáticamente (implementando con integralidad paradigmas y parámetros planeatorios de participación democrática) es imposible. La renovación política, como la moral, sólo puede hacerse desencadenando fuerzas externas al sistema. Esta oportunidad avanza inexorablemente por el crecimiento de la población moderna, con un empuje que puede ser bloqueado, desviado, reprimido, pero no detenido. Que puede ser aprovechado para que el PRI desaparezca transformado en un partido político moderno, por un presidente decidido a que el país madure políticamente.

Por su misma naturaleza, esto no depende sólo del presidente; depende más aún de la oposición, y sobre todo (aunque no suele verse) de los votantes. Como el PRI es un partido de aparatos, más que de votantes, suele verse a la oposición en los mismos términos. Esto explica una serie de clichés despectivos que nos sabemos de memoria: qué poco respetables son esos partidos que ya no tienen gómezmorines ni lombardos; que viven una crisis tras otra; cuyos aparatos son enclenques; que viven de la limosna del erario o de rifas ridículas; y, sobre todo, que no ganan votos por sí mismos. Un voto por la oposición no es más que un voto contra el PRI.

Pero los votantes importan más que los aparatos. Lo respetable, lo impresionante, la novedad histórica decisiva, son esos millones de votantes que ahora votan contra el PRI y hasta se dejan apalear tratando de ejercer el sufragio efectivo. Están diciendo a gritos que hay que acabar con el sistema pacíficamente, mientras los aparatos se escupen entre sí.

Los votantes de oposición no son los mexicanos que viven en la extrema miseria. Como lo mostré en *Vuelta* 40, la votación por el Partido de Acción Nacional y el Partido Comunista Mexicano aumenta paralelamente (mientras disminuye la del PRI) de los estados más pobres a los más ricos. A mayores ingresos, escolaridad, conciencia moderna, mayor rechazo de un sistema premoderno. Las divergencias ideológicas son ideológicas: entre gente de la misma clase. En cierta forma, estos partidos llevan al ámbito nacional lo que empezó históricamente como una divergencia en la UNAM, entre los mexicanos privilegiados que podían hacer estudios universitarios. Y empiezan a encontrar una respuesta masiva, ahora que crece la población escolarizada, sobre todo si los "dueños" de aparatos de oposición se dejan rebasar por votantes y candidatos recién llegados.

Este crecimiento parece inexplicable dentro del sistema, donde muchas personas inteligentes desprecian a los partidos de oposición con toda sinceridad. Desde la perspectiva de los intereses reales (del estado, los sindicatos, los empresarios, el exterior; y, desde luego, las carreras personales),

los intereses de la oposición parecen irreales, cuando no una jugada sucia de los intereses reales, que se valen de la oposición para llevar a la vida pública presiones que los favorezcan donde realmente se negocia: a puerta cerrada. En el mejor de los casos se supone que son ilusos (¿qué pueden ser los que luchan a sabiendas de que van a perder?). En el peor, que son peles (¿de dónde sale el dinero?).

Lo sorprendente es que el número de ilusos ha llegado a millones y sigue aumentando. ¿Cómo es posible que al tener más preparación, una parte de los mexicanos empiece a creer en cosas tan ridículas como el derecho y las elecciones? La tradición entre la gente preparada venía siendo diferente. En primer lugar, se daba por supuesto que el PRI ganaba sin fraudes. Lo cual se apoyaba en un razonamiento circular: la gente preparada es la que debe decidir, las elecciones no tienen importancia, prueba de lo cual es que el PRI las gana; lo importante es que la gente preparada influya para bien; para lo cual es secundario que los gobernantes tengan el poder por las armas, las elecciones o cualquier otro medio.

Esta era, por supuesto, la opinión de la gente preparada en tiempos de don Porfirio: positivistas y científicos, modernistas y ateneístas tenían gustos y opiniones diferentes sobre muchas otras cosas pero no sobre ésta. Lo cual explica algo que empezó a subrayarse (significativamente) después de 1968: cuántos hombres ilustres colaboraron con el régimen de Huerta. Y es que en 1968 la opinión generalizada recibió la primera sacudida. Hasta surgió una especie de puritanismo, según el cual los intelectuales que cobraban directamente en el gobierno estaban "integrados", pero los que cobraban a través de un presupuesto universitario vivían al margen de la corrupción: vendían únicamente su fuerza de trabajo, eran de hecho víctimas de la opresión.

El segundo golpe fue la participación del Partido Comunista en las elecciones de 1979. Eso legitimó las elecciones de una manera nunca vista en los medios intelectuales. Los

mismos que antes despreciaban a Vicente Lombardo Tolezano y Manuel Gómez Morín como "paleros del régimen", por encabezar partidos de oposición, empezaron a descubrir las virtudes del voto. En esto influyó el contexto internacional: el ascenso de Salvador Allende a la presidencia chilena por vía electoral, que sirvió de estímulo al eurocomunismo, que facilitó el sacar de la clandestinidad al partido comunista español, que facilitó lo mismo en México.

Dicho sea de paso: si sale sobrando (por ahora) considerar un escenario de fin del PRI con guerrilla (aunque eso coco esgrime el presidente Reagan) es porque si algo le salió bien al presidente López Portillo fue la destrucción de la guerrilla. Fue disminuida a través de una amnistía, aislada de sus posibles apoyos urbanos al sacar al Partido Comunista de la clandestinidad, desprestigiada como vía en México a través de la legitimación del voto y la administración de la abundancia, perseguida a sangre y fuego en la oscuridad, mientras los reflectores públicos, los festivales, las colectas, se movían en favor de la guerrilla salvadoreña, a la cual López Portillo le otorgó una especie de reconocimiento oficial. Lo más notable de todo esto (desde un punto de vista maquiavélico) fue la sangre fría. Había quienes temían que se cayera el mundo si los comunistas hablaban por televisión. Sangre fría que ha faltado para aceptar gobernadores de oposición.

Alguna vez le pregunté a un expresidente del PRI si reconocer el triunfo del Partido Popular Socialista en la gubernatura de Nayarit hubiera sido un desastre; si era imposible que el presidente de la república fuera del PRI y algunos gobernadores de oposición. En su opinión, no hubiera pasado nada. La "solución" de Nayarit en un sentido o en otro no tenía importancia. Menos importancia tenía la oposición, profundamente despreciable. Por ahí no había nada que hacer, para la renovación política del país. Lo importante era mejorar la selección de candidatos del PRI. Democratizarla. Etc.

No se sabe qué es peor, si este olímpico desprecio o el pánico que tienen muchos priistas de que habiendo gobernadores de oposición se caiga el mundo. Por supuesto que sería el principio del fin, pero no el fin del mundo: únicamente del PRI, que tendría que dejar de serlo para transformarse en un partido competitivo, sin dedazo, presupuesto ni alquimia.

Si en algún punto está bloqueado el desarrollo político del país está en no ver más allá del sistema, en no ver que la salvación está fuera del PRI: en la leal oposición. En vez de agradecerle la oportunidad de hacer un experimento democrático en un estado pequeño (1% del país); en vez de aprovechar para reforzarla con una respuesta positiva; en vez de darle esa oportunidad de aprender; en vez de aprender y hacer que los candidatos del PRI aprendan; en vez de darles alas a los votantes para sacarlos de la abstención, haciéndoles sentir que votar sí tiene efectos; en vez de favorecer la madurez de los votantes, de la oposición, del PRI, del país; con el fraude no se logró más que arruinar la oportunidad, escindir y desprestigiar al PPS, hundir al líder de oposición que transó, premiar al inepto candidato del PRI. Y eso cuando el presidente Echeverría la estaba reparando el sistema (que Díaz Ordaz trató a patadas) con una "apertura política". Una apertura que no supo qué hacer con el empuje de la oposición, fuera de tomar sus banderas, para hablar como si la oposición hubiera llegado al poder y estuviera mejorándolo todo desde adentro.



## 5. Escenarios de madurez

De 1913 a 1928, los caudillos revolucionarios tuvieron muertes violentas: se desorganizó el mercado de la buena voluntad, pacientemente armado por don Porfirio, y operó una especie de pluralismo armado. En 1929 (después del asesinato de Obregón, que intentó volver a ser presidente), Calles creó otra vez un mercado de transacciones pacíficas, a través del Partido Nacional Revolucionario, un partido único, nacional, revolucionario, que integró y centralizó los distintos partidos revolucionarios de la capital y regionales; que estableció firmemente la no reelección y, sobre todo, el reparto del queso ordenadamente, sin violencia, por turnos, aunque todavía con importantes cacicazgos locales, en torno a hombres fuertes.

La centralización dio un paso más cuando las líneas residuales de demarcación geográfica fueron destruidas con demarcaciones funcionales por especialidad: obrera, campesina, popular y militar, en el Partido de la Revolución Mexicana, reorganizado así por el presidente Cárdenas en 1938. La segunda reorganización, el Partido Revolucionario Institucional, viene de 1946, cuando los universitarios llegaron al poder con el presidente Alemán. Significativamente, consistió en excluir la sección militar. Desde entonces, el gobierno es civil.

El Lic. Alemán no llegó a la presidencia por las armas, ni por las vías de leal oposición: llegó mansamente, como un joven preparado, dinámico, simpático, que supo ganarse la voluntad de los generales y sobre todo la del presidente, general Avila Camacho; como hijo más preparado de un general (que tomó las armas contra la reelección de Obregón, y así murió); como un *junior* con ideas modernas que demostró su capacidad ante el voto de arriba, pero sin exigirlo, dispuesto a lo que fuera la voluntad del dador.

Esta contradicción: la modernidad que llega al poder por vías premodernas, no ha sido resuelta. Por el contrario, se ha acentuado con la industrialización, la escolarización masiva, el crecimiento acelerado de la población universitaria. Salta a la vista en el *Diccionario biográfico del gobierno mexicano* (1984): los 1278 principales funcionarios del ejecutivo federal declaran que han hecho estudios universitarios (96%) y de posgrado (44%), que han hecho estudios en el extranjero (33%), que han sido investigadores o catedráticos (66%), que han escrito libros (34%); pero no hay uno solo que declare otra afiliación que el PRI.

Parece fácil reconciliar la ilustración con el absolutismo, cuando uno está en la cúspide y es de la escasa gente preparada en un medio ignorante: el que sabe, sabe; y a los demás les corresponde callar y obedecer. Pero cuando el medio mismo se vuelve ilustrado, cuando hay millones de universitarios, no puede haber despotismo ilustrado sin un servilismo ilustrado. Y esto se vuelve muy incómodo. Los subordinados ilustres esperan órdenes racionales, en las cuales de algún modo hayan participado. Se sienten capaces de juzgar al mandamás, que no llegó por la sangre azul, ni por las armas, ni por su arrastre electoral, sino por lo mismo que ellos: una capacidad reconocida por el voto de arriba. Cuando tienen que agacharse ante la vil arbitrariedad, cuando tienen que hacer como que creen en la mentira oficial, se sienten sucios, humillados, ofendidos. La arbitrariedad y la mentira son la mismísima negación de su fuente de legitimidad, que es el estudio, la racionalidad.

La contradicción, que está en el origen del PRI, y que va a tronar, merece un lugar central en los escenarios de fin del PRI por madurez. No es posible que una población cada vez más moderna siga aceptando un sistema premoderno. Los futurólogos deberían medir esa contradicción, que va reduciendo la identificación con el sistema. A simple ojo, es obvio lo que habría que medir: que ya nadie cree en el PRI. Que la misma gente que participa, guarda sus distancias, como diciendo: Tengo que aceptar esta sopa porque no hay otra.

La identificación con el sistema empezó a rasgarse en 1968, sobre todo después de la matanza de Tlatelolco. La gente preparada no estaba preparada para sentirse parte de un sistema que asesina, en caso extremo. Y el conflicto mismo encarnaba la contradicción: entre el absolutismo de un presidente universitario y la rebelión universitaria. Después, con Luis Echeverría, el absolutismo asumió las banderas de oposición universitaria y pareció por un momento el triunfo de la Ilustración. Nunca jamás había crecido tanto el gasto en educación superior y cultura. Desde los tiempos de Alemán, no habían subido tan de golpe los bonos de la preparación, en beneficio de jóvenes ilustres que trepaban a los más altos puestos rápidamente y bien pagados (porque no iban a robar). El fracaso estruendoso, y la reproducción ampliada del ciclo en el sexenio siguiente, han hecho muy difícil la identificación con el sistema. La gente preparada no está preparada para sentirse parte de un sistema que se equivoca en tal escala, que roba en tal escala y que hasta tiene tratos con narcotraficantes.

Otro elemento corrosivo ha sido el cinismo del poder, novedad que introdujo el presidente López Portillo. Todavía Luis Echeverría, en sus locuras y mentiras más obvias, parecía creer en su propia demagogia, cuidaba ciertas formas. Pero López Portillo se dedicó a acabar con la fe de quienes todavía la tuvieran, explicándoles cruelmente que



los Santos Reyes no existen, que el oro, la mirra y el incienso los reparte el absolutismo como se le pega la gana. Si quiere traer al Papa lo trae (y ofrece clínicamente pagar la multa). Si quiere imponer a su hijo, lo impone (y lo declara "orgullo de mi nepotismo"). Si quiere andar de novio, ¿qué? Si quiere expropiar la banca, lo hace precisamente en el momento en que nadie lo pide ni lo espera: para que esté clarísimo que no depende de la voluntad popular, ni de la acumulación de conclusiones técnicas, ni de presiones sindicales o del PRI, la oposición o la prensa. Por el contrario, sádicamente, hace que todo esto se manifieste después, inmediatamente después, precisamente después de que ejerció su voluntad absoluta. No es fácil respetarse a sí mismo como universitario y tener parte en eso.

Otra forma de la contradicción entre la población moderna y su situación premoderna está en el exterior. Las carretadas de millones que se arrojan a la población universitaria fomentaron los estudios en el extranjero, los viajes, la comunicación con el exterior y, finalmente, el sentirse ridículos. México era visto como un país progresista y revolucionario, del cual (aunque fuera con cierto paternalismo) no se hablaba mal en el exterior. México era la excepción en el horrible mundo hispánico, dominado por gorilas en España, Brasil, Argentina, etc. Además, era un país pobre que se industrializaba a pasos agigantados. Viajar era explicarles a los cariñosos interlocutores qué receta misteriosa teníamos para alcanzar la paz, la prosperidad y un comienzo de justicia.

Viajar ahora es pasar vergüenzas, tener que dar explicaciones. ¿Cómo es posible que México se haya quedado atrás políticamente? ¿Que España sea capaz de superar el franquismo y México incapaz de superar el PRI? ¿Que Argentina sea capaz de juzgar a sus expresidentes militares y México incapaz de juzgar a sus expresidentes civiles? ¿Cómo es posible que un país que lo tenía todo, hasta petróleo, esté en quiebra? ¿Cómo es posible la corrupción en tal escala? ¿Cómo puede ser que tanta gente preparada encumbre, vuelva general y le ponga toga y birrete a gente como Durazo? Viajar ahora es pasar de un medio donde se sufre pero se comprende (donde lo cariñoso es acompañarse mutuamente en el desahogo de las arbitrariedades y mentiras que hay que aguantar) a un mundo cruel que no comprende.

Para hacer todo más embarazoso, nuestro peso y presencia en el exterior han aumentado. Por la retórica de que los grandes se hacen más grandes y los chicos más chicos, no nos hemos dado cuenta de cómo ha cambiado nuestra situación relativa en estos cuarenta años de PRI. En 1945, los Estados Unidos habían ganado la segunda guerra mundial, tenían el monopolio de la bomba atómica y producían casi la mitad del producto mundial. Desde entonces, se han vuelto relativamente menos. México ha crecido más que los Estados Unidos en población, empleo, productividad por persona, producción industrial y producto global, ya no se diga en tamaño del sector público. La población mexicana con respecto a la norteamericana se ha duplicado. La economía, casi triplicado. El sector público federal ha crecido treinta o cuarenta veces más en México que en los Estados Unidos. (Excluyendo el ejército, el sector público federal mexicano tiene ahora más personal que el norteamericano. En cambio, los gobiernos locales tienen veinte veces más personal allá que aquí). De las 500 mayores empresas industriales norteamericanas, 485 eran menores que Pemex en 1983, según la revista *Fortune*.

En 1945, México no estaba en el escenario mundial. Nuestra presencia era simbólica y estaba regida por las realidades simbólicas. Ahora estamos metidos, aunque no queramos, en la *Realpolitik* internacional y en los reflectores de la opinión mundial. En los puntos de contacto con el exterior (que son muchos) será imposible que se respeten las exigencias premodernas del sistema, y esta diferencia se volverá cada vez más embarazosa. No es fácil operar con una doble medida: moderna para el exterior, premoderna para el interior. La opinión interna exigirá trato igual.

A lo cual se suman los problemas internos de la deuda externa. En lo que resta del siglo, habrá menos queso que repartir y eso tendrá un costo político. La abdicación a cambio de concesiones será menos atractiva y el mercado de la buena voluntad tendrá problemas. Aumentará la gente dispuesta a abandonar la cola.

Pero ¿a dónde puede ir? No a muchas partes, sobre todo en la capital, sobre todo en ciertas profesiones, ramos, productos, servicios, sobre todo en ciertas edades, con ciertos compromisos previos o derechos adquiridos. El profundo reflejo conservador del sistema seguirá gozando de un consenso muy amplio. Una cosa es que se desmorone la fe y otra es que se desmorone la cola, con todos sus intereses creados. Aumentarán la irritación y el cinismo de muchos que han perdido la fe pero no se pueden ir.

Excepto, claro, en aquellas zonas, sectores, actividades, especialidades, circunstancias, donde la independencia no sea tan costosa y, para empezar, sea viable. Si no hay explosión (por definición de escenario), el sistema tronará por cuartadura, resquebrajándose, desmoronándose, perdiendo en primer lugar aquellas partes donde hay menos queso, o donde el queso frente a la independencia no sea tanto como para abdicar, o donde la tradición, el carácter y hasta cierta irracionalidad eleven excesivamente el precio de abdicar (lo saquen del mercado del queso).





Todo esto favorece que el desmoronamiento se produzca en primer lugar en los estados. Dentro de los estados, en aquéllos más distantes de la capital. Dentro de éstos, en aquéllos que tienen una población más aculturada a la modernidad. Especialmente aquéllos más competitivos internacionalmente y que dependen menos del queso proteccionista: dólares baratos, créditos blandos, permisos de importación de orgullo local. Más aún si está agraviado por el centralismo.

## 6. Cómo acabar con el sistema sin hacer nada

¿Puede o debe favorecerse lo que sucederá inevitablemente? Tiene ventajas para el país no retrasar la fecha, vivir menos a destiempo entre nuestras realidades sociales, económicas, industriales, profesionales, internacionales y nuestro retraso político. Y no se trata de hacer algo, sino más bien de no impedirlo.

Lo más urgente es no hacer nada que prolongue el retraso político. Hay una fe nueva, casi maderista, en que es posible acabar con el sistema pacíficamente. Sería criminal convencer a esos votantes de que son unos panchitos inocentes. Por el contrario, hay que darles la oportunidad de ejercer su independencia y aprender. Es urgente que haya zonas donde el poder se adquiera de maneras modernas: por el voto de abajo, no de arriba. Es imposible transformar la cola peticionaria dentro del sistema: modernizarla, democratizarla, dividirla. Pero es posible desprenderle partes, mientras el sistema peticionario va reduciéndose a lo esencial, hasta desaparecer en el futuro. Eso permitiría el reacomodo de la población en el medio que prefiera: moderno o peticionario. Los que estén lejos de llegar haciendo cola, o se sientan capaces de valer y competir por su cuenta, o tengan desagrado por la corte, se irían a la zona moderna. Los que prefieran la seguridad tradicional, o tengan fe en la lotería federal, o ya estén cerca de un premio gordo, o tengan compromisos o derechos adquiridos, o una actividad cuyo único mercado es la corte, o desagrado por la vida chafa lejos de la corte, preferirán seguramente conservar su lugar en la cola.

¿Qué partes son desconectables del sistema? Para empezar, precisamente las más problemáticas: los gobiernos locales. Estudié cualquier alternativa (alguna secretaria, por ejemplo: la contraloría; Pemex; el poder legislativo; el judicial; las grandes centrales obreras; la televisión, la gran prensa) y se verá que, por ahora, no es posible sacar esa parte del sistema sin cambiar el sistema completo. Esta dificultad no existe con los gobiernos de los estados y municipios. En primer lugar, su capacidad de interferencia con el resto del sistema es mínima. Además, es posible sacarlos gradualmente, hasta por razones de calendario electoral. Por último, cuando todos estén fuera, seguramente no sucederá que todos sean de oposición. Es decir: en algunos estados, bajo las mismas siglas, habrá nacido otro Partido Revolucionario Institucional, que servirá para continuar con la destrucción pacífica del sistema en otros sectores.

No es casual que esta solución sea viable precisamente donde el sistema tiene ahora sus mayores problemas. Para empezar, no es ahí donde se concentra el queso. Los gobiernos de los 31 estados, con todos sus 2376 municipios, no tienen más que la sexta parte de los empleos del sector público. Y como se trata de empleos sin recursos, no tienen

más que el 5% de participación en el producto interno público. O sea que el promedio de queso por estado, ya no se diga por municipio, es ridículo. Lo cual tiene que ver con el problema y con la solución. La gente que vive lejos de la corte sueña menos con los premios gordos, para los cuales hay que desarraigarse. Tiene más presentes sus intereses locales e inmediatos, ante los cuales el remoto queso central y el escaso queso local pesan menos. El peso relativo de la abdicación/concesión favorece menos la abdicación. Por eso hay fácilmente broncas. Y para el sistema, recíprocamente, el costo/beneficio de perder-control/ahorrarse-broncas hace más barato democratizar la provincia que cualquier otra parte del sistema. Se pierde el control sobre el 5% del queso, pero se ahorra una gran parte de las broncas.

Que el *trade-off* varía en función geográfica es obvio, por ejemplo, en el caso de los empresarios. ¿No resulta extraño que "la reacción" esté siempre en la periferia? Los empresarios de la capital, ¿no tienen los mismos intereses de clase que los provincianos? ¿Por qué abdican más fácilmente? Porque están más cerca del queso en grandes cantidades: su independencia les cuesta más, tanto por vía del pan (costo de oportunidad) como del palo (costo directo). Estar cerca o lejos de la capital hace variar los intereses geopolíticos de los empresarios, sindicatos y gobernantes (así como los gobernantes, empresarios y sindicatos de un país rico tienen intereses geopolíticos comunes frente a sus contrapartes de un país pobre).

La nueva Tenochtitlán es una ciudad-estado industrial que impera geopolíticamente sobre la provincia, con un poder y recursos que no soñaron los aztecas (y que no tienen hoy países enteros). ¿Qué es actualmente el gobernador de un "estado libre y soberano" frente a Pemex o la Conasupo? Mucho menos que el presidente de una república bananera frente a la Standard Oil o la United Fruit. Los estados parecen países ocupados por los caciques federales que tratan con desprecio a los nativos, explotan y destruyen los recursos, atropellan a los campesinos, consumen lo mejor, se acaban las cosas y las hacen subir de precio, no respetan a las autoridades locales, provocan conflictos y no los resuelven, imponen como gobernantes a quienes se les pega la gana, etc., etc. Y, sin embargo, en extensión, población, recursos, economía, hay estados de la república mayores que muchos países miembros de las Naciones Unidas.

No ver esta opresión federal y sacar a colación el fantasma de la guerrilla en Juchitán o de la CIA en Piedras Negras, cuando los provincianos hartos de la capital votan contra el PRI, es una miopía; como discutir si el PAN, el PSUM o el PPS merecen respeto, o si los votantes votan positivamente por ellos, o negativamente contra el PRI. Los que merecen respeto son esos millones de votantes inesperados, cuya actitud es una oportunidad para el país.

Apoyándose en ellos, por encima de los aparatos, está la oportunidad de un presidente que ya no tiene esperanzas que dar dentro del sistema. Bastaría que se ocupara personalmente de ganarse la confianza de los votantes: la confianza de que en los comicios iba a actuar como jefe del estado, no como jefe del PRI. Lo que no puede hacer sistemáticamente desde adentro, puede ponerlo en marcha aprovechando el empuje de afuera. Bastarían unas cuantas gubernaturas reconocidas a la oposición para que la reacción en cadena fuera incontenible, para dar esperanzas y reanimar decisivamente a toda la sociedad, para desencadenar la madurez política del país. □